

cómo explicar las relaciones naturaleza-espíritu si fuesen realidades esencialmente diferentes? De una naturaleza absolutamente diversa del espíritu no se podría decir nada. Sólo lo que en sí es espiritual puede llegar a captarse por el espíritu. Físicos (Jeans, Eddington), matemáticos (Poincaré, Russell), biólogos y paleontólogos (Hering, Bleuler y Daqué) han insistido repetidamente en ello. Porque la naturaleza es internamente espiritual podemos los hombres —como manifestaciones conscientes del espíritu total— comprender el «lenguaje» de la naturaleza, interpretarlo racionalmente y también racionalmente reducirlo a fórmulas matemáticas. Si no pudiéramos pensar nada espiritual en nuestro contacto con la naturaleza, la palabra «naturaleza» sería sólo un sonido vacío, y sería imposible cualquier experiencia o conocimiento de aquélla. Porque es una esencia espiritual que se exterioriza en los múltiples acontecimientos naturales, es posible comprender su infinita pluralidad en unas pocas leyes. Cuando imaginamos estas leyes y constatamos con experimentos su validez general —realizándose el espíritu, según nuestra imagen previa, en la naturaleza—, experimentamos esa liberación que todos vivimos cuando nuestros sentimientos y pensamientos hallan validez objetiva en el llamado mundo exterior. Pues entonces sentimos que lo íntimo de ese mundo exterior se identifica con nuestro mundo íntimo y que, por tanto, la distinción entre naturaleza y espíritu es una distinción dentro de algo esencialmente análogo. Las leyes universales que determinan el orden cósmico comienzan por ser «ensayadas» por la materia de una manera no lógica. Este tanteo irracional conduce naturalmente a seguir muchos caminos falsos y a enormes catástrofes telúricas. Durante millones de años la materia permanece en un estadio «estadístico», sin alcanzar una verdadera ordenación. Pero al fin casualmente la dirección certera para el fin cósmico queda inserta en el interior de la materia, de igual modo a como los hombres aprenden a montar en bicicleta, a patinar, etc., sin conocer las leyes del equilibrio, a las que, sin embargo, se enseñan a obedecer. Mientras, por una parte, nueva materia se ordena en el espacio según las leyes naturales, por otra, materia ya ordenada es irradiada del mismo, pudiendo decirse que la materia «halla» sus leyes para «olvidarlas» y poder vol-

ver a «recordarlas». Las leyes, pues, nacen reiterada y continuamente. El cosmos no es el tiempo ni se transforma en el tiempo, sino que por el incesante nacimiento y ocaso de su ordenación peculiar alumbra al tiempo.—FRANCISCO MURILLO.

KELLER (Wilhelm): *Prolegomena zu einer Psychologie und Metaphysik des Wollens*, en «Studia Philosophica», Zürich, vol. XI, 1951 (págs. 59-102).

Este problema del fenómeno de la voluntad, el hecho de poder querer, es sin duda uno de los más sublimes momentos de la existencia del hombre. Una de las cuestiones clave de esta existencia es, por lo tanto, la naturaleza de la voluntad. Pero no hemos de juzgar demasiado aprisa la voluntad como *ente absoluto*, pues no puede haber un querer si no hay un ser que abarque más y sea anterior a este querer. La importancia de la voluntad, o al menos de los momentos en el alma dirigidos por ésta, hace más apremiante al deseo de conocer su naturaleza y sus manifestaciones.

El estudio de la floración interna de la propia existencia ha dado por resultado que la voluntad, en el hecho, es un momento fundamental en la existencia humana, de forma que se encuentra presente en potencia en cualquier actividad del alma, y cualquier acto perfecto condicionado por la voluntad ha de considerarse como la coronación de la existencia. Esto no significa que la vida humana busque su perfección en los actos de la voluntad. Puede presentarse el deseo de librarnos del carácter peculiar de esta forma de actuar.

No se entiende aquí por voluntad el carácter sustancial de la misma. Es más bien una categoría para indicar la forma de actuar del alma en determinados momentos. Por lo tanto, *querer* representa el acto de la función específica de la voluntad. Con ello se pueden dividir los actos humanos en tres grandes grupos: a), los actos cognoscitivos, a los que pertenecen el pensar, imaginar, entender, juzgar, y, por lo tanto, son de inteligencia y fantasía; b), los actos emocionales, a los que pertenecen el sentir y todas las formas emotivas del carácter, y por último, c), los actos de la voluntad, a los que corresponden todos los deseos humanos.

Sin embargo, en el análisis de la vo-

La voluntad tendrá que participar igualmente lo emocional y cognoscitivo de nuestra alma. La voluntad está infiltrada de múltiples sucesos, que tienen conexión íntima con los otros actos ya mencionados.

El psicólogo tiene que pensar y trabajar con la ontología. Sólo así se pueden entender las expresiones concretas de la voluntad en cuanto a su propio ser y su necesidad interna. De estas relaciones de existencia y presencia viene condicionada la posibilidad de la voluntad, lo que significa la necesidad apremiante de un análisis antropológico y fundamental ontológico. Es muy problemático poder llegar a este fin. Pero ello no obsta para que el conocimiento actúe en forma de factor al servicio de la idea, pues no tendría fin determinado de otra forma.—SALCEDO, S. I.

GOLDSCHMIDT (Hermann L.): *Die Frage des Mitmenschen und des Mitvolkes*, en «*Studia Philosophica*», Zurich, volumen XI (págs. 41-58).

La respuesta a este problema se ha dado hace más de tres mil años en el tercer libro de Moisés: «Has de amar al prójimo como a ti mismo» (19, 18). Sin embargo, ha de preocupar el hecho de que en la actualidad se dirige todo de una forma inexplicable y escalofriante contra este principio del amor al prójimo. Cada siglo que pasa termina con una terrible interrogación a esta pregunta: ¿quién es el prójimo verdadero al que cada contemporáneo ha de amar como a sí mismo? El tercer libro de Moisés nos da la respuesta clara: «Como un indígena de vuestro propio círculo habéis de tratar al extranjero que convive con vosotros, y has de amarlo como a ti mismo» (19, 34). El sacrificio que trae consigo la entrega espiritual al prójimo no es mayor que en tiempos pasados ni lo será en tiempos futuros, pero sí ha cambiado el significado de la palabra «prójimo». A pesar de los muchos intentos que se hicieron para resolver este problema, y aun cuando se percibiera la profundidad del abismo al lanzar el puente hacia el amor al prójimo, todo quedó envuelto en los lazos de la desunión. Ludwig Feuerbach dijo en 1843, en los capítulos 59 y 62 de su libro *Fundamentos de la Filosofía futura*: «El ser del hombre está en la comunidad, en la unidad

de hombre y hombre». «La dialéctica real no es un monólogo del pensador solitario consigo mismo; es un diálogo entre el yo y el tú». Al lado de este ilustre contemporáneo de Goethe, Hegel y Beethoven aparece un gran representante del experimento a punto de fracasar: Napoleón. A la sombra de Napoleón y de su estela sangrienta aparece otra vez el pueblo como prójimo y el hombre como semejante. ¿Por qué existe una diferencia entre el concepto de pueblo de Christian Wolff, en su libro *Fundamentos del Derecho natural y civil*, en que nos dice que cada pueblo debe amar al otro como a sí mismo, aunque sea un pueblo enemigo, mientras que Ranke considera el amor al otro pueblo simplemente como *pueblo vecino*? Porque para Wolff cada pueblo representa una personalidad digna de amor y deja de ser considerada, a pesar de que existan discrepancias. No ha de existir el Estado como estorbo del pueblo, sino ha de completar la existencia de éste. Esto trae consigo la obligación de colaboración e influencia del pueblo y de cada individuo para con el Estado. Y así se cumplirán las palabras del profeta: «Ningún pueblo levante la espada contra el otro y no se enseñen las guerras» (Ysaías, 4).

El mandamiento del amor al prójimo nos ha aclarado el dilema. Pero en vez de contestar con el amor, la Humanidad quiere remover los fundamentos de este mandamiento, porque parece que su amor al prójimo tiene sólo fuerzas limitadas. Tan limitadas que ni siquiera puede estar segura de ellas.

La unión cada vez menos ligada entre amor al prójimo y amor a sí mismo es la base para que no huya el amor. Pues que éste reciba reconocimiento o ingraticudes y sea o no digno «el otro» de este amor, es lo más grande y bueno que puede tener persona o pueblo alguno.—SALCEDO, S. I.

BOYER, S. I. (C.): *Relazione tra il progresso filosofico, teologico, dogmatico*, en «*Gregorianum*», vol. XXXIII, 1, 1952 (págs. 165-182).

En septiembre de 1951 tuvo lugar la Segunda Semana Teológica, celebrada por la Pontificia Universidad Gregoriana, versando sobre el problema de la «evolución del dogma». De las notables aportaciones a la misma publicadas en